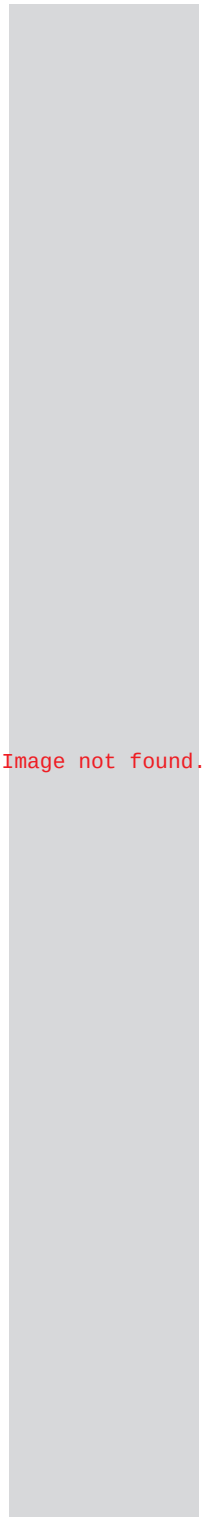
Cuando lo insignificante toma sentido

Milo Alvarado



Capítulo 1

Capitulo 0: Introducción a la mente de un insignificante.

Aunque la vida nos separe… ¿Te acuerdas? Fue lo último que te dije, la última vez que hablamos. No creo que lo recuerdes, porque aunque te lo dije, no lo hice con intención de que me escucharas. Las promesas son un acto necio de creernos inmortales. Hoy podemos prometer algo y mañana morir sin siquiera haberlo podido intentar. Ni siquiera siendo Dios, me atrevería a decir que podría cumplir. Porque aunque fuera el tiempo, el espacio o Dios mismo, me volverías a hacer mortal por esa maldita necedad de necesidad de ti. Y en esa necesidad de ti, mi promesa volvería a ser tan mortal como el cabello tuyo que se desprendió al peinarte, o como la lágrima tuya que provoqué alguna vez, cuando te dije "te quiero" y me creí y te creíste; tan mortal como la tarde del domingo que murió al parir la noche que más te amé. Tan mortal como la ropa que cayó al piso, casi tan rápido como una lágrima, a caer junto al cabello que sin querer te arranqué al despojarte de tu suéter, que junto con tu pantalón y la silueta de tu sombra, escribieron en el piso "te quiero", en el lenguaje que tú y yo creamos esa noche, en el país más acercado a lo absurdo que no entiende la realidad, y que no tiene que hacerlo. Un lugar tan absurdo como no quererte. Un tiempo tan tardío como no amarte hasta conocerte.

Conforme pasa el tiempo, tengo menos certeza de cumplir. Me siento solo, ¿sabes? Y a ti te siento ya muy distante. Te he encontrado a veces en la calle y has hecho como que no existo, y eso que antes, decías, era lo único bueno que existía para ti. Me siento tan mortal, tan distante, tan solo, tan yo. He intentado encontrarte en tantas cosas, tiempos y lugares, que he llegado a inventarte. Qué patético. Qué cursi. Qué soledad. Qué fortuna la mía de estrecharte alguna vez, de tener la oportunidad de conocerte un año, un año de una eternidad que sólo le dará la oportunidad a muy pocos y me la dio a mí. Qué mala suerte de que no haya podido llegar contigo a ver dónde acaba el tiempo y sigue nuestro amor. Tengo necesidad, urgencia de amar a alguien como te amé a ti, pero a quién. He buscado por constelaciones, en la imaginación; he buscado hasta en la almohada, en los recuerdos. Te he buscado sabiendo siempre dónde estabas. Te he querido siempre sabiendo que no debo. Te he esperado aun sabiendo que estás aquí, ignorando que existo porque alguna vez me equivoqué.

¿Por qué te quiero? ¡Dímelo! ¿Por qué si no fuiste lo mejor del mundo no te he vuelto a encontrar en alguien más? No eres el mayor tesoro, ni lo mejor que me pasó; pero mira cómo te quiero.

Es cierto. Ya no te quiero como antes. Ya ni siquiera eres la de antes. Has llegado incluso a darme asco. Cómo es de absurda nuestra historia que

cuando la recuerdo me parece más tragedia que romance, más comedia que acción, más realidad que novela.

Escrita. Debiste ser así. Debí inventarte alguna noche apasionada en que la luna se burlaba de mi soledad, de mi desesperación de encontrarte. Debí crearte así y podría borrar todas las cosas que hice, todas las cosas que dijimos; incluso habría escrito las cosas que me gustaría que hubieras hecho y te recordaría con tanto cariño que me harías llorar por ti.

Recuerdo que una vez, pensé en morir, en matarme cuando me imaginé sin ti. Qué estupidez. Pero en ese momento la vida no me parecía vida sin ti. Aún hay una parte de eso en mí. Ya no lo suficientemente relevante para volver a pensar en idioteces, más que en ti, de vez en cuando, cinco minutos diarios, pero no más…

Ni siendo Dios me sentiría poderoso de nuevo, porque tú no creerías en mí y sería como no existir. Por eso te odio tanto, tanto que un día, te detendría y te pondría contra la pared y te besaría. Te besaría hasta que lloraras y me abrazaras otra vez y entendieras mis actos, sin decirnos palabra.

Todo lo hice por ti. Porque no te merecías un idiota. Porque era idiota que nos mereciéramos. Yo tan romántico. Tú tan tú. Indescifrable, incorruptible, inexpresable. Tantas veces te hablé de amor, amor, y tan pocas veces lo entendiste. Más que eso, lo sentiste y nunca me lo mencionaste. Decías "te quiero", tan normal como cualquier otro lo habría dicho. Yo necesitaba que fuera tan extraordinario como lo extraordinaria que me parecías. Tal vez ese fue siempre el error, que no lo eras, que sólo me lo parecías, pero, ¿cómo?, jamás hiciste algo que me lo indicara. Tal vez todo lo soñé y amanecí amándote. Tal vez un día te amé y amanecí soñándote.

Cuán infeliz me hace quererte aún a veces, imaginarte aún conmigo, imaginar nuestro último diálogo; cambiando lo que dices, cambiando lo que digo, cambiando lo que hicimos. Cuánto odio que odiarte sea amarte y amarte sea lo mismo. Si hubiera nacido sólo cien años antes, me habría ahorrado el haberte conocido. ¿Por qué aquí?, ¿por qué ahora?, ¿por qué tú? Pude nacer después y leer a otro infeliz como yo escribiendo de ti, y enamorarme de ti o no. Pude leerte después, verte en video, y me habrías parecido alguien normal, alguien común, ni siquiera te recordaría al día siguiente. Pude verte en la tele, en algún álbum viejo, pude sólo escucharte, pero tuve que conocerte. Maldita fortuna. Sacarte la lotería y gastarla para estar más jodido que antes. Cómo evitar los excesos contigo, mujer de deseo, mujer que alguna vez fue mía como el tiempo de mis años, que no puedo aprisionar más que en la memoria, y que como tú, se fue.

Mujer, qué adjetivo tan insignificante me parecía ése para ti, y ahora lo uso en mi coraje de recordarte. No eras más que eso, otra mujer, otra decepción en la vida del mundo en otro hombre que lo habitó.

Isla lejana, silenciosa, desierta, que tan bien me alimentabas en tus temporadas buenas y tanta hambre me dabas en las malas. Cuán infeliz fui a veces recorriéndote en busca de algún fruto de tu amor. Migajas, eso eran. Migajas. Nunca encontré más. Nunca hiciste más. Pero encontrar que existía algo, era una aventura.

No me alcanzaría un libro para decirte cuánto te odio y cuánto te quise, y menos para decirte cuánto te quiero. Sólo quería decirte que en mis ganas de querer romper mi "para siempre", y aun haciéndolo, será tan mortal como tú lo seas en mí. Porque aunque bese otros labios, aunque toque otros cuerpos, aunque existan otros "te quiero", por ahora, aún tendrás tus cinco minutos en mí. Esos cinco minutos que tanta vida me quitan para darte vida a ti.

Nunca me disculparé contigo, aunque sepas lo que te escondí, porque quise hacerlo en su momento, pero sólo espero que un día entiendas con ello el porqué de mi mentir, el porqué quise que me odiaras, el porqué, aun con mis mortales y pretenciosas de eternidad promesas, me alejé.

Te quiero, carajo. Te quiero…

Capítulo 2

Capítulo 1: ¿Confesión significa verdad?

¿Qué significa ser insignificante? ¿Quién mejor que el insignificante anterior para definirlo? Insignificante. Así se sintió para ella. Todo lo que hizo tuvo un significado, una meta, un porqué; y, sin embargo, él se cree insignificante para ella.

A veces llenar tus actos de significados y significantes, no quiere decir que significarás algo para alguien. Detrás del desahogo del insignificante existe una historia tan confusa, tan enredada, tan llena de tantas cosas, que terminó siendo algo vacío y, efectivamente: insignificante.

¿Qué define lo que significamos en el universo? ¿Lo que hacemos, lo que creemos ser, lo que otros nos hacen sentir que somos? Lo más lógico sería decir que significamos lo que somos, pero muchas veces no lo sabemos. Es una estupidez querer que alguien nos diga quiénes somos, cuando la única persona que nos conoce de toda la vida somos nosotros. Necesitamos significar algo para alguien. Que alguien signifique lo mismo que nosotros. Necesitamos que nos definan ciertos adjetivos lo suficiente para que seamos lo primero que llegue a la mente de las personas cuando lo digan. Necesitamos significar algo para no dejar de existir, ser recordados, que aún muertos sigamos aquí por mucho tiempo, sin saber que existir, simplemente, existir es desplazarte, comer, dormir, joder, mirar, oler; otra cosa muy diferente es ser recordado y otra muy diferente, vivir. Por intentar existir (como creemos que es existir) nos olvidamos de vivir. Podremos existir haciendo que signifiquemos algo para los demás, pero nunca será lo mismo que significar para nosotros lo que somos, porque eso es vivir. Nosotros significamos lo que hacemos y el porqué.

Insignificantemente (?), enamorarte es vivir o existir, pues puedes despertar con ganas de escribir, gritar, dibujar, pintar, según sea el caso de cada quién; pero existes enamorado cuando nada de eso significa nada en tu amor. Vivir es cuando tus actividades significan "amo y me aman", es tener la certeza, no de que existimos para alguien más, sino que alguien más existe por nosotros.

¿Cuándo mentir se ha significado enamorarse? ¿Cuándo mentir se ha significado amar? ¿Qué tan insignificante es quien miente por amor? Que quede a juicio de cada quien…

Era una tarde de viernes en abril, con la ciudad repleta de denso tráfico, con la noche sin estrellas por la contaminación, con una luna en cuarto

menguante que invitaba a algo nuevo… a cerrar un ciclo.

Él, Santiago Ponce estaba frente a ella, Amparo García. Se miraban fijamente a los ojos. No decían palabra. Ella acababa de estar con alguien más en una cita, con alguien que ni siquiera la acompañó a casa ni se preocupó por saber si sabía, siquiera, irse. Él la miraba con asco y decepción. Ella con arrepentimiento y culpa.

— ¿Te divertiste, Amparo?

— En primer lugar: ¿qué haces aquí? En segundo: no empieces, por favor. Ya no somos novios.

— No lo sé, a veces los celos arrastran como olas y hacen que uno naufrague en ti. Y lo sé. No te reclamé. Sólo te pregunté.

— A decir verdad, sí. Me divertí bastante. Dijiste que él nunca se fijaría en mí por mi pobre físico. Ya viste que sí. Y besa exquisito, Santiago.

— Ah, ya veo. Crees que con tu cara bonita lo conseguiste, por méritos propios. Ten — y tomó su celular del interior de la bolsa de su saco mientras buscaba algo en la pantalla —. Léelo. Es mi última conversación con tu mejor amiga.

Amparo tomó el celular y leyó los escasos siete mensajes que se veían en pantalla:

"*Rocío: ¿adivina qué hice?*

Santiago: ¿qué?

Rocío: conseguí que Emiliano le pida una cita a Amparo.

Santiago: oh, ya veo.

Te molestó mucho lo que le dije sobre su físico. ¿Le bajé mucho la autoestima?

Rocío: ojalá cuando estén juntos ese día, se te baje lo estúpido que has sido con ella y te des cuenta de lo que dejaste ir…

Santiago: ay, por favor. Tú sabes de mi juego desde el…"

— Eres un imbécil — dijo finalmente Amparo.

— Disculpa, no podía dejar que me restregaras en la cara los méritos de

Rocío — le dijo mientras guardaba el celular en su saco.

— ¿A qué te referías con juego?

— Sí, bueno. A mi juego. Una de las reglas es que sólo yo sé las reglas y la dinámica — le dijo sonriendo.

— ¿Es sólo esto o hay más?

— Más.

— ¿Y ella lo sabía?

— Yo no soy quién para contestar.

— Si vas a terminarlo ya, hazlo.

— Es mi juego, yo decido cómo y dónde lo termino. ¿Entiendes? Mis reglas, mi dinámica.

— No. Se acaba aquí, porque ya lo sé y no puede seguir.

— En eso tienes razón, pero dejarte con la duda podría ser casi tan divertido como lo anterior.

— Casi. O podría perder el interés.

— Te estás muriendo por saber, ¿no?

— Claro que no.

— Claro que sí. Mira tu rostro. Esa ligera expresión de enojo que intentas controlar. Por dentro estás a punto de explotar.

— Eres un soberbio.

— Desde siempre lo has sabido. No puedes restregármelo ahora.

Guardó silencio esta vez. Amparo no se atrevió a contestar a eso, pues era la verdad.

— Sólo dime si, sinceramente, quieres oírlo — dijo Santiago finalmente.

Amparo lo pensó un momento y después contestó:

— Sí…

Capítulo 3

Capítulo 2: La persona más especial en mi vida.

A veces, lo primero que necesitas para querer a las demás personas, es quererte tú primero. Tener una base, una idea de lo que eres tú, para saber lo que es la gente, porque si repartes amor por todos lados, haces lo mismo que el que gasta su dinero de manera inconsciente. Al final terminas jodido y pidiendo en la calle, o pidiendo a gente a la que sabes que no le pagarás.

Uno se debería conocer mejor. Cuestionarse siempre por qué hace las cosas, no sólo pensar cómo hacerlas. Si bien, actuar sin pensar es estúpido, también lo es no cuestionarse por qué se hará algo. Estúpido, porque al final, el resultado, muy probablemente, te afecte a ti, y ya no tanto porque la acción fracase. A veces arriesgar es bueno, si es que realmente tiene un fin.

¿Por qué se hacen las cosas?, ¿qué ganas tú?, ¿realmente querrías ganar?, ¿cuánto te quieres?, ¿por qué te quieres?, ¿qué te incomoda de ti?

El amor empieza en uno mismo, y lo que te sobra, está para darse. Sólo hace falta un miligramo de amor del bueno hacia alguien para no ser egoísta. No por quererte tres kilos, buscarás beneficiarte más a ti que a quien quieres un miligramo, porque amar es no ser egoísta, y amarse uno mismo, tampoco; es saber que te quieres y lo que vales para ti. Es muy difícil llegar a darte cuenta, pero un largo camino, empieza con el primer paso…

Oscuridad total. Santiago está sentado, recargado con espalda y cabeza en la pared. En esa oscuridad ve entrar a alguien, sólo distingue su silueta y lo oye preguntar:

— ¿Qué le dijiste?

— Regresa adonde estabas. No me molestes hoy.

— ¿Qué le dijiste?

— Como si no lo supieras ya.

— Quiero oírlo de ti. Veamos qué tan sincero puedes ser contigo. ¿Qué le dijiste?

— La verdad — contesta.

— Claro que no. Repito, ¿qué le dijiste?

— Que jugué con ella.

— ¿Y eso es cierto?

— No, no lo es.

— Y, ¿por qué se lo dijiste?

— Mira, no me presiones. Hice lo que tenía que hacer. Hice lo mejor para mí…

— ¿Por qué se lo dijiste?

— Para que llore. Para que sufra. Para que se arrepienta de no haberme apreciado…

— Sabes que eso no es verdad.

— Tú que sabes…

— Yo sé todo de nosotros.

— Entonces, sabes que lo hice por nosotros.

— ¡Por Dios! Lo hiciste por ella.

— Por nosotros.

— Por ella, porque aún la amas.

— Si, pero sabes que me amo más.

— Eso es cierto, es por lo que no entiendo, por qué lo hiciste. Santiago, buscaste beneficiarle.

— Claro que no.

— ¿Acaso te sientes mejor?

— No.

— Exactamente. Sólo provocaste que te dejara de buscar, para que te

supere más rápido.

— Porque la engañé antes…

— La engañaste siempre.

— ¿Y que querías que hiciera? Quedar como un completo imbécil por nuestro pasado, ¿no? Eso querías. Querías que le dijera la verdad, lo patético que fue amar a alguien antes que a ella en las circunstancias que la amé. ¿De verdad eso querías?

— ¿Eso querías tú?

— Yo hubiera querido decirle la verdad, pero nunca pensé que me enamoraría de ella. Que el cuento iría para tanto. Nunca pensé que sería algo más de seis meses. De saberlo, nunca le habría mentido… o yo qué sé.

— ¿Por qué no le dijiste la verdad?

— Eso hice.

— Me refiero a antes.

— Por miedo a que una sola palabra, me hiciera cambiar para ella.

— Y esta vez, no se la dijiste toda.

— Le dije lo necesario para que me odiara.

— ¿Por qué no lo dijiste que la engañaste? Igual te odiaría.

— Porque, quiero que me odie por lo real.

— ¿Y por qué no le dijiste toda la realidad?

— ¡No sé! Porque podría seguir amándome como lo hace por ahora. Sé que a pesar de mis cosas, aún me amará, por lo menos un tiempo, si me supera, si es posible superar. Si le hubiera dicho la verdad y me hubiera entendido, no me odiaría. Al igual que por una palabra pudo haber cambiado su percepción de mí, con una podría ser condescendiente conmigo. Tal vez sí me odiaría un poco, pero necesitaba que me odiara completo, sin conocerme completamente.

— ¿Crees que no te la mereces?

— Creo que le he fallado muchas veces.

— ¿Y ella a ti no?

— También.

— Y, sin embargo, ella no buscó hacer algo como lo que tú hiciste por ella.

— Tal vez no considera que falló, y que solamente fallé yo. Casi siempre ha pasado así.

— Y, si sabes eso, ¿por qué, aun así, buscas beneficiarla a ella?

— Yo qué sé. Tal vez sé que fue la persona más especial de mi vida… — y tomó una sábana y tapó el espejo y tomó camino para irse a acostar —. No porque ella no hiciera cosas, yo las dejaría de hacer. Dar lo que recibo es un negocio, y yo la amo. Por eso lo hice. Buenas noches.

Capítulo 4

Capítulo 3: Tan especial que no podía existir.

¿Por qué será que el tiempo cambia las cosas? La evolución, la erosión, el cambio climático, la filosofía, la vida. Aquellos ejemplos son ejemplos de cosas que cambian a lo largo de mucho tiempo, pero, ¿qué tal las cosas que cambian en poco tiempo? La podredumbre, las personas, los sentimientos, los gustos, tu enfoque…

Un simple cambio como tener tu mano acariciando tu barbilla, mientras estás sentado, pensando un sábado por la tarde, cuando tiempo atrás, esa misma mano funcionaba como engranaje de la felicidad, al tomar la mano de la persona que querías… Y un cambio así puede ocurrir tan sólo en una semana, en un fin de semana, en un día, en sólo horas o tan sólo después de unas palabras. Y, a pesar de ser un cambio tan pequeño en el mundo, uno lo siente como una evolución forzada para adaptarse a un carajo, como una erosión de lo que creías de la vida, y que al final, aún escrito en piedra, desaparece; uno lo siente como un huracán donde antes sólo habían olas, arena y tranquilidad. ¿Después de todo eso qué puede pensar uno? La vida cambia en ese momento, y sólo se necesita de un instante.

¿Qué es un instante? Podría decirse que es una fracción de tiempo. Bien, la vida es un instante, comparada con el tiempo en sí, y un instante (lo que nosotros llamamos un instante), es realmente un instante de otro instante. Y, al final, lo realmente importante, es el siguiente nivel, los instantes que componen un instante en la vida, pues bien, lo que recordamos es, por ejemplo, el instante que conocimos a alguien, el instante donde arruinamos algo, o donde nos distrajimos y conllevó a una fatalidad, o en el que decidimos algo y mejoró todo lo demás… y muchas veces olvidamos las partes que hicieron posible aquello, cuando vimos por primera vez a alguien, el tic que sentiste en tu rostro, cuando parpadeaste y giraste la vista para disimular que la estabas viendo, tu respiración en ese momento, lo que pasó por tu mente… y todas esas cosas pasan en uno, dos o tres segundos, todas en sí, instantes de instantes, moléculas gracias a las cuales existe el compuesto posterior…

Y así como crean, cambian completamente un instante de vida, modifican su sentido, comen lo demás… destruyen, como el tiempo en sí, que permite que las cosas existan, para después verlas morir.

— ¿Crees que vamos a durar toda la vida? — preguntó una Amparo sentada en el suelo, recargada en el torso de Santiago.

— No lo sé, Amparo. Yo no tengo problema, si tú quieres — contestó sin

dejar de ver al vacío.

— ¿Y por qué no querría? — preguntó mientras se separaba para ver a los ojos a Santiago.

— No lo sé. Tal vez no me conoces lo suficiente — contestó sin dejar de ver al vacío.

— Te conozco lo necesario.

— Eso no lo sabes — dijo finalmente cerrando los ojos y moviendo la cabeza.

— Claro que sí.

— ¿Y si nos separamos? — finalmente la vio a los ojos.

— No pienses en eso.

— Es inevitable.

— ¿Por qué?

— Tengo mis razones — y desvió su mirada.

— Dímelas.

— No, tal vez sólo son locuras mías — dijo sin mirarla nuevamente a los ojos.

— Sí, eso me imagino yo. No hay razón para que no estemos juntos.

— ¿Y si conocieras partes que no te gustan de mí? — volvió a verla a los ojos.

— ¿Por qué no me las muestras y vemos?

— Porque tengo miedo de perderte.

— ¿Amas aún a alguien que no sea yo?

— No, claro que no. Eres a la primera y única persona que amaré.

— Eso tampoco lo sabes.

— Créeme que eso sí lo sé.

— ¿Por qué estás tan seguro?

— Porque llevo tanto tiempo en esta vida, y sólo cuando te conocí, realmente empecé a vivir. Nunca fui así de feliz — dijo sonriendo.

— Pero, podrías volver a serlo con alguien más.

— ¿Quién más podría ser como tú?

— Hay muchas personas en el mundo, y cada una es una posibilidad.

— En mi mundo sólo existes tú.

— Por ahora…

— Para siempre — y tomó su mano.

— ¿Harías algo que me dañara?

— Antes preferiría terminar contigo.

— ¿Y si lo hicieras sin querer?

— Tendría que hacerlo sin amar, también — y la recostó nuevamente en su pecho.

— Eres lo mejor.

— ¿Lo sería aún si te fuera infiel?

— ¿A qué te refieres?

— A que si aún estarías conmigo si llegara a estar con alguien más.

— No lo sé. ¿Lo harías?

— Soy hombre, no sé qué podría pasar en ese sentido.

— Tendrías que hacerlo sin amar, ¿no?

— Tienes razón. Ja, ja.

— Entonces, ¿lo harías?

— Claro que no.

— ¿Si lo hicieras me lo dirías?

— Claro que sí, nunca te he ocultado nada. No podría ocultarte eso.

— Te amo, Santiago. Eres lo mejor — y apretó su mano.

— Yo te amo a ti, Amparo — y besó su nuca y la abrazó, viendo nuevamente al vacío.

— Qué bonito es estar aquí contigo.

— Y aquí, si se acaba el mundo, lo veremos terminar, tomados de la mano, mi amor.

— ¿En verdad?

— Te lo juro — "El mundo se acabaría sólo si la vida pudiera separarnos a nosotros, porque somos moléculas, vida y destrucción", pensó. "Aquí, en nuestras manos, está el destino, y en mi cabeza, la cobardía de decírtelo. Sólo entiéndelo tomando mi mano. No lo puedo decir."

Y se quedaron así, en un tiempo tan largo, que las hojas de los árboles cayeron sólo para observarlos más de cerca y saber si eran reales, sólo para saber si, realmente, eran dos y no uno solo. Se abrazaron como tantas otras veces se abrazaron, pero más especial, como si la vida se fuera a acabar ese día y ellos se dijeran "hasta luego, te veo en la otra vida". Se abrazaron como si cada uno hubiera creado al otro y estuviera orgulloso de lo que hizo, de lo que se volvió. Eran un amor tan especial, tan único, que no podía existir… era irreal. Había momentos, destellos de felicidad así, muestras de lo que era vida y de lo que era eterno, como este instante. A veces, la culpabilidad de él y la frialdad de ella, evitaban que esto fuera tan constante, que esto fuera lo que tenía que ser, exactamente eso, lo que estaba en ese momento. Ellos se evitaban ser así siempre, y aunque uno de los dos se hubiera decidido a hacer lo correcto, el otro evitaría esa felicidad. ¿Cómo se camina un sendero juntos, si ambos se jalan para evitar que el otro avance?

Por eso, ese momento, el amor de ese momento, era tan único, era tan especial, que no podía existir… para siempre. Hasta que la realidad los hiciera aterrizar…

Capítulo 5

Capítulo 4: No sé cómo dejárselo más claro.

¿Cuántas veces puede mentir alguien? Importa tanto como cuántos días pasen, cuántas estaciones del año lleguen, cuántos aviones aborden pasajeros en el aeropuerto, cuánta vida exista, cuán irreparable puedan ser los daños.

Cuando alguien significa algo para otra persona, no importa nada, ni la lógica, ni la propia persona enamorada. Enamorarse es insignificante en el sentido de que buscas significar algo para alguien, no importa cómo, no importa cuándo, no importa por qué, sólo importa quién. "Quién", tan sutil, tan sencillo de comprender, tan fácil de ser llenado, tan difícil de quererse llenar.

No importa. Qué puede importar. Es un "quién", no debería importar quién lo llene. No debería llenarlo quien importa. ¿Quién puede olvidarse tan rápido de alguien que no significó, o que significó tanto mal?

La insignificancia es la cosa aquella que orilla a que se escriban cosas así:

"Hoy la invité a una café. Mejor dicho, la iniciativa la tuvo ella, para ayudarme a estudiar. El café y el estudio no importan, lo importante es que estuvimos ahí, ella y yo, juntos, sin ser nosotros, pero también, sin ser ajenos.

Con la excusa del estudio y, según, para ver la hoja ambos, me acosté de espaldas sobre su vientre, piernas y pecho, de manera que nuestros rostros quedaban próximos, pero no juntos.

No sé si lo notó, pero puso sus manos alrededor mío. No somos algo, y lo disfruto, no porque no seamos, sino por lo que soy así.

¡Dios! Se veía tan linda preguntando por el nervio glosofaríngeo (sus funciones, dónde está, qué tipo de nervio es). Estoy seguro de que será una gran doctora. Creo que nunca se lo he dicho.

No sé si sepa que bien pude pasar el examen anterior, si le hubiese dedicado más tiempo (más de la única hora que le dediqué antes del examen); pues el día anterior esperé hasta antes de dormir (y aun dormido) a que me ofreciera ayuda. Ella no sabía que la esperaba, no la culpo, pero, aun así, la esperaba.

Esta vez, sé que con repasarlo nuevamente, recordaré y que me irá bien.

Seguramente también lo sabe, y aun así estuvo allí.

Le juego algunas bromas sobre ella y sobre mí (aún no es nosotros, insisto), le cuento a manera de secreto (algo nada secreto) que me encanta; le confieso que ahí, donde estoy (sus brazos), me siento protegido, aunque no esté dentro (de ella, en ella, o no sé).

Hablamos de cuando nos conocimos, cuando no sospechábamos que terminaríamos juntos, y menos por tanto tiempo. Me dice "realmente los opuestos se atraen", a mí no me atrae (o tal vez sí) que sea opuesta al no pensar en nosotros, sino en sí y en mí… hasta parece que piensa en dos escalas. Yo la prefiero como arpegio.

Me recosté en su pecho y moví los ojos para ver los suyos; no me ven, pero tampoco parecen molestos por mi cambio de posición. Me armé de valor para tomar su mano, lo logré pero, ella no la cerró como respuesta. De hecho, no respondió de ninguna manera.

Reímos, hicimos un plan para el viernes, del que ya habíamos hablado desde hace unos días. Lo confirmamos. ¡Increíble! Le tendré el viernes junto a mí…

No importa que no la bese, que no le tome la mano, no importa que no seamos algo, la tendré. ¿Cuántos podrán decir eso ese día?

Tal vez me recueste sobre ella, como hoy; si lo hago, lo seguro es que no me dormiré (como le dije), sólo soñaré, como hoy, con ella y conmigo, ideando ese nosotros que, a veces, veo tan imposible, como hoy, pero por el que vale la pena intentarlo.

La quiero, me doy cuenta, pero, ¿acaso ella lo notará? ¿Notará que en cada 'te quiero' hay un 'ya quiéreme'? No sé como dejárselo más claro."

Santiago. Treinta y cuatro días antes de la confesión.

Capítulo 6

Capítulo 5: Amarte es una joda.

— Acércate.

— ¿Qué pasa?

— Nada. Sólo acércate. Quiero que estés más cerca de mí.

Se acerca.

— ¿Te ocurre algo, Santiago?

— Me ocurre que te quiero. ¿Sabes por qué? Porque se me ocurrió hacerlo.

— ¿Te molesta?

— No. Al contrario. Me jode. Me deshace.

— ¿Hice algo que te molestara?

— No. En serio, no.

— ¿Entonces?

— Quiero decirte que el que me joda quererte, el que me jodan mis ocurrencias espontáneas de quererte, no es ningún mal. Me daña, me mata, me afecta como todo en esta vida, me afectas. Quererte no me hace morir más lento, de hecho me da más cosas en qué pensar. No te culpo, te agradezco. ¡Esto es vida! El que me afectes, el que yo te afecte, el afecto que siento por ti. No te estoy culpando, no me malentiendas, te estoy agradeciendo por ser quien eres, por representar lo que representas en mi vida. Sin ti o contigo, mi vida sería una joda. Ni tú ni nadie pueden evitarlo, estoy destinado a estar jodido, pero gracias a ti, es más fácil de llevarlo. No quiero mentirte y decirte que todo es bueno contigo, no me gusta mentirte, no me inspiras a que lo haga, pero a veces quisiera estar solo, no conocerte, pero no porque te odie, ni siquiera a ratos, sino porque a veces me odio, porque me gustaría saber qué tan bien llevarías esta joda sin mí, porque siento que te hago esta joda más pesada, porque no aprecio el que tú me la aligeres.

— No digas eso, no lo haces. Me gusta mucho estar contigo. Se me olvida que tengo problemas, que tengo obligaciones. Cuando estoy contigo siento que estoy en otro mundo. Que vivo contigo sólo para eso: para vivir contigo. Que sólo necesito de estar contigo para poder estar. Mi joda

es cuando no estás, porque no sé dónde estoy, o mejor dicho, sí sé, y no me gusta, porque estoy en este mundo, en el real. Donde me tengo que joder existiendo, con obligaciones, con problemas. Me jode vivir, pero me jode más vivir sin ti.

— Pero es que yo te he dañado sin que lo sepas, me he dañado incluso a mí sin saber. Incluso sé que hay cosas que no sabemos en las que te he y me he dañado. Quiero estar contigo, pero necesito tener la certeza de que tú quieras estar conmigo. Quiero que estés segura como yo. Quiero que tengas la certeza de que esto no es algo pasajero como tú o como yo, quiero que esto sea mejor que tú y yo. Ya estoy muy jodido como para vivir algún día extrañándote y culpándome por dejarte ir. Quiero estar contigo, porque es lo que más me gusta de estar vivo. Sí, es cierto, tengo que hacer otras cosas, trabajar, socializar, hacer ejercicio, y todas son tan necesarias, que me son aburridas. Quererte no me es vital o saludable, por eso es que me gusta tanto, por eso es que me gustas tanto. No me eres vital pero me gusta realizarte. Es algo más allá que comer, que correr, que ver, que escuchar. Es como comer arte, correr sobre pinturas, esculpirte sueños, es como soñar, es vivir. No te has dado cuenta, pero soy el resultado de ti. Nunca me cambiaste, nunca hiciste nada para cambiarme. Soy el resultado de ti porque estaba programado para ser este jodido feliz cuando te encontrara. Significas tanto para mí que con tu solo nombre inventaría un idioma, y con ese idioma te diría los poemas más hermosos para que al repetirlos una y otra y otra vez se escuchara tu nombre, que es lo que más me gusta decir.

— Dímelo. Sólo dímelo. Me hace feliz que lo digas.

— Amparo, te amo. Amparo, mi amor. Amparo, qué bonito nombre. Amparo. Prométeme, Amparo, prométeme, por favor, que aunque te vayas, que aunque nos tengamos que ir, que aunque nos dejemos de querer, siempre pensarás en mí.

— Te lo prometo, mi amor. Y prométeme tú que aunque pase todo eso, cuando digas mi nombre, aún disfrutarás de repetirlo como loco, de decirlo. Prométeme que cuando lo digas, te acordarás de este momento, aunque cambiemos, aunque me muera siendo otra, cuando digas mi nombre recuerdes lo que fuimos hoy, y me ames, aunque sea sólo hoy, y aunque sea ya sólo en el recuerdo, y repetirás mi nombre una y otra y otra vez

— Te lo prometo, Amparo, te lo juro. Este momento es lo único por lo que vale la pena aguantar la joda de todo. Este momento es la eternidad que todos prometen, y yo lo tuve. ¡Gracias!

— Ven, bésame — y se besaron —. Vayámonos.

— ¿Adónde?

— Adonde sea. No me importa. Cualquier lugar es igual. Quiero que escapemos, aunque sea unas horas. Quiero estar en un lugar donde sólo estemos tú y yo.

— Caminemos, entonces.

Y así, caminaron por tres horas, hasta llegar a un lugar fuera de la ciudad, por una carretera que los llevó a un campo, donde sólo se quedaron sentados, viendo cómo se ocultaba el sol, mientras ellos estaban tomados en silencio de la mano, esperando a que su mundo tuviera que colapsar con el mundo real. El mundo jodido. El mundo del que huían caminando sobre él para encontrar el suyo…

Capítulo 7

Capítulo 6: Quiero decirte que los sueños no me dejan dormir.

"Me alegra que estemos juntos de nuevo", le decía él a su ex mujer mientras la abrazaba. Le hablaba al oído, mientras estaban sentados. Acariciaba su cara y veía su sonrisa al verlo. Podía ver sus ojos y eran tan reales, así como su tacto. No recordaba cómo se habían arreglado, no le interesaba. Estaba ahí con ella, en el parque que en su relación tanto habían frecuentado. Qué otras cosas podían pedirse. Era lo que él esperaba desde hace mucho, desde hace realidades. Extrañarla deseando que hiciera alguna diferencia. Pensarla esperando que eso la trajera, intacta del alma, de él, de lo que fueron. "Te he extrañado tanto. No sabes cuántos días he estado solo en mi cuarto, pensando sólo en ti. No sabes cuántos recuerdos han llegado a mí. Cuántas cosas descubrí en cada imagen, cuántas veces omití decirte que lucías hermosa. Cuántas veces hubiera querido besarte cuando tenías puesto el vestido blanco, de cinturón café que tanto te estorbaba. Ése, el que justo traes ahora, con tu cabello, libre, llegando hasta tu cintura; rizo a rizo besarte, risa a risa descubrirte. Cerrar de a poco tu mirada, que a poco me tiene de cerrarme al mundo. Acariciar tu rostro justo como lo hago ahora, besarlo todo, hasta el alma. Tú no puedes. Mi alma se me fue en tus ojos. Devuélvemela. Está dentro de ti, dentro de ese cinturón café, más aun, dentro de tu vestido. La ropa estorba tanto, como aquel día, en la habitación, donde no sólo estorbaba el vestido, sino también el día, ¿verdad? Esa habitación, que era justo como las paredes que, al parecer, aparecieron ahora mismo, de ese tono rojizo extraño, con un solo foco para iluminarnos, en una cama que no era nuestra, hasta ese momento en que dejamos escrito en las sábanas nuestros nombres gota a gota, poro a poro, sombra a sombra. ¿Cómo es que me entiendes todo lo que pienso si te estoy besando? ¿Por qué te puedo ver en cada movimiento si se supone que cerré los ojos? Al fin perdí tu imagen. Qué incómodo. Tanta oscuridad. Creo que abriré los ojos. Sería grosero no admirarte si tu vestido ya no está."

Y, finalmente, abrió los ojos, pero no estaba ella. Nadie estaba ahí, más que él. Las paredes eran blancas, y él estaba acostado, y solo. Lo único que hizo fue mirar el techo, pensando en todo lo que había pasado en el sueño. ¿Por qué no era como los demás malditos sueños que no recordaba? Tan fija estaba la imagen de ella, con el vestido, su mirada, su cabello. ¿Por qué ella no era simplemente un sueño, uno que no pudiera recordar? Todo sería más fácil. Cada que se iniciara una pelea, él le pondría aquel vestido, y la llevaría a aquel cuarto o al parque, a besarla, y besarla. Rizo a rizo. Poro a poro. Sería tan fácil todo. Un mundo nocturno de sólo ella y de sólo él. Ni celos, ni tentaciones, ni opiniones, que era más importante que las otras dos. Un mundo en un cuarto de 7×5 recuerdos, pintadas de ese color o del color de su pasión, daba igual. Ese

cuarto bien podía ser sólo eso o convertirse en un palacio.

¿Por qué no podía ser un sueño ella nada más? O más fácil, sus sentimientos hacia ella. Algo con lo que un día soñara y al despertar lo olvidara, que lo recordara con la frecuencia que se recuerdan los sueños, con la frecuencia con que se vuelven a soñar o se sueña su continuación. "La vida es sueño y los sueños, sueños son". ¿Cuándo despertaría de esa vida? ¿Cuándo le tocaría soñar de nuevo con algo maravilloso como ellos dos? Vivir de sueños, soñar vidas.

"Amparo, te amo. Amparo, mi amor. Amparo, qué bonito nombre. Amparo…" Siguió mirando el techo, pensando en ella, repitiendo su nombre. Cuando quedó dormido, volvió a soñar con ella, con un recuerdo.

Estaban en un balcón, mirando la ciudad, tomados de la mano. Esta vez, la ciudad se transformó en un fondo oscuro, con destellos como fuegos artificiales, pero no era un cielo, era una infinidad, una maldita infinidad que estaba ahí para nada. Él contemplaba esa infinidad sin parpadear, era como un cielo sin estrellas, sin luna, un universo invadiendo su mundo. Se aferró más fuerte a la mano de Amparo, de la Amparo onírica. Los destellos empezaron a acercarse a él, y empezaron a tener forma, y esas formas empezaron a ser rostros, y esos rostros empezaron a ser los de él, y ésos, sus rostros, se empezaron a reír, a destellar junto a él mientras lo empujaban del balcón, lo ponían contra el barandal y lo empujaban para que cayera, pero él se aferraba a la mano de Amparo y resistía. A ella ni siquiera la veían. Todo era contra él.

"¿Por qué lo hiciste?", le preguntó una. "¿Por qué no lo dejaste en que alguna vez la engañaste?", le preguntó otra. "¿Y por qué no le dijiste toda la realidad?", preguntó una tercera. "¿Por qué, aun así, buscas beneficiarla a ella?", preguntó otra más.

En ese momento todos los destellos lo empujaron aun más fuerte del balcón, pero esta vez, ella se acercó, con esa mirada de indiferencia, esa maldita mirada que acobardaría a cualquiera. Lo veía con infinito perdón y lástima, como aquella vez. Su mirada penetraba hasta donde el dolor es cruel y se va por las venas a todo el cuerpo.

Él tomó una expresión completamente de miedo, y empezó a encogerse el balcón y a agrandarse ella. Los destellos desaparecieron. Su miedo estaba en toda su piel, recorriéndolo como veneno, como si fuera su sangre o su oxígeno, pero éste no le dejaba respirar. "Eres un soberbio", le dijo aquella onírica gigante antes de empujarlo al vacío de su alma, a esa maldita infinidad con destellos de sí mismo, a caer condenado a entenderse hasta que… despertó. Empapado en sudor, muerto de miedo, terriblemente extrañándola, sabiendo que aquello no era sólo un sueño,

sino una maldita realidad interpretada por su dormir.

"Quiero escribirte que te extraño, que los sueños no me dejan dormir. Que dicen que los sueños se hacen realidad y ahora siento miedo de eso. Que me he equivocado muchas veces en la vida, y que muchas fueron contigo. Quiero decirte tantas cosas que no sé cómo decirlas. Quisiera decirte que estoy atónito de tantas cosas en tan poco. Que los sueños no me dejan dormir. Que si duermo te sueño y si te sueño te extraño. Que cuando te extraño me da por dormir y que no duermo porque los sueños no me dejan dormir. Que mi silencio más doloroso ha sido la ausencia de tu voz. Que soñar tu mano y despertar con la mía es triste, y más triste que mis sueños estén al alcance de mi mano y el cumplirlos al alcance de la tuya. Que los sueños no me dejan dormir. Que tu recuerdo me hace soñar. Que hay tantos sueños en mi mente, y tú estás ahí, como tú, como un parque, como mi alma, como un cuarto con un solo foco. Quiero escribirte un poema y pedirte perdón por ser quien fui, por lo que provoqué que fuéramos. Pedirte perdón porque fui un cobarde y porque te perdí. Pedirte perdón por soñar tanto y olvidarme de nuestra realidad. Los sueños, ahora, no me dejan dormir. Tu recuerdo no me deja dormir, me hace soñar nada más. Que sueño que duermo, y que si pasa eso, en todos mis yo durmientes te sueño a ti. Que te sueño acostada junto a un yo durmiente, mientras observo una infinidad en mi yo despierto, una infinidad que no es otra cosa que todos los espacios donde no estás y, carajo, estoy yo. Que en mi sueño, donde duermo, sueño que te sueño hablando conmigo, mientras nos pedimos perdón por las cosas que hicimos, por las que dijimos, por las cosas que dejamos de hacer, mientras la mujer que sueño acostada junto a mí me empieza a abrazar por la espalda y me despierta besándome, y con sus dedos acompaña a mis ojos a que se abran, y a mis manos a que despierten para que tomen tu rostro y nos besemos y volvamos locos ahí. Vuelvo a cerrar mi onírico yo los ojos para besarte y terminarte de desvestir y cuando los abro para culminar aquel momento como Dios prohíbe, regreso a mi realidad. Regreso al cuarto donde estoy, con los ojos abiertos, con mirada de dictador derrocado, de escritor paralítico y mudo, de cualquier persona sin ti. Quiero decirte que los sueños no me dejan dormir. Quiero decirte que los sueños no me dejan vivir. Quiero decirte que los sueños no me dejan ser, ni me dejan dejar de ser. Quiero decirte que los sueños significan que me faltas, y el que me faltes no me deja dormir, vivir, ser ni dejar de ser. Quiero decirte que mis sueños eres tú, que mi realidad fuiste tú, y que eres sueño y fuiste realidad y, carajo, eso es lo que no me deja vivir. Quiero decirte, carajo, que te amo, Amparo, que te amo, carajo. Te amo…"

Y cerró el diario, y se sentó en su cama, viendo su ventana, esperando a que ella entrara por la ventana y con sus manos, acompañara a sus ojos a cerrarse para dormir.

Capítulo 8

Capítulo 7: Amparo.

Sopla el viento, y con él me trae recuerdos. Estoy sentada al sol, observando un espacio que alguna vez compartimos. ¿Te acuerdas de todas y cada una de las caminatas que aquí tuvimos, tomados de la mano, mirándonos a los ojos, cuando creí que me querías, cuando en tus ojos encontraba un "te amo", que me era lo más sincero y real del mundo? Sí, yo tampoco me acuerdo de todas. Tengo una imagen generalizada de eso. No recuerdo cada una de las veces que me viste, o si me viste todas las veces. Me gusta recordar una en especial, y pensar que siempre fue así. En ese momento quería que siempre fuera así.

Mira, ahí, en ese árbol, el torcido, ¿recuerdas? Nos sentábamos ahí a observar a los demás, a pensar en lo desafortunados que eran buscando a la mejor persona del mundo, porque ya nos teníamos tú y yo.

También recuerdo el lunes que llegaste con rosas, a ese árbol, una docena de rosas amarillas que terminaron por abrir de manera hermosa. ¿Recuerdas ese lunes, recuerdas por qué fue el detalle? Fue por un año de conocerme. Te acordabas tan bien de la fecha. Nunca pensé que ese día me sorprenderías así. No estábamos tan bien, y aun así, buscaste sorprenderme. Recuerdo lo más importante de tu discurso, te oías tan feliz, tan afortunado de conocerme. En tus palabras más que en tus besos me sentí mujer. En tu mirada más que en tus abrazos me sentí resguardada… Y pensar que todo eso no era verdad.

¿Sabes? Aún te pienso, aún te odio. Ha pasado tanto tiempo ya. El miércoles quería comprarte, yo, una docena de rosas y celebrar nuestro primer año de desconocernos. Sólo por estar contigo, aunque no nos viéramos a los ojos, aunque nuestra indiferencia hubiese marchitado las flores, aunque hubiese sido difícil respirar, quería estar contigo. Que fueras tan frío conmigo que al fin congelaras el sentimiento y lo mataras como Dios manda, no como lo que hiciste, que ni lo mataste ni lo dejaste de alimentar, ¡carajo!

Tantos días te lloré, tantas veces hablé de ti, que terminé por rendirme. Tu recuerdo no se sale con las palabras, ni el amor en las lágrimas, qué carajo.

Te vi con otras y tuve que sobrellevarlo, entender que tu felicidad no dependía de mí o mis acciones o mi presencia. Tantas veces estaba yo y me viste, y no te importó. Ni siquiera cuando me viste tomada de la mano con otro. Sonreíste. ¡Qué carajo! Quería ver tus celos, tu arrepentimiento, alguna mueca, lo que fuera, algo que me dijera "te quiero, carajo, ¿qué hice?" Algo por lo que lucharas por mí, pero no. Te hizo más feliz que a

mí. Y, ¿qué pasó? Se aburrió de mí. Tal vez tenías razón de todo lo que dijiste, tal vez soy aburrida, fría, tal vez harto a la gente con mis silencios como dijiste, pero, ¿por qué tú lo soportaste más de un año y medio y él ni un mes? ¡Carajo! Seguro jamás me quisiste. Seguro estabas conmigo por lástima, aunque me escribieras como nadie lo hizo, aunque me cuidaras más que nadie, aunque hayas estado siempre para mí, tal vez era una acción buena de tu parte, no sé.

Un año, un año ya. Cómo te extraño aún y a quién decírselo. ¿Cómo me vería si le contara a alguien que te extraño después de las mierdas que hiciste? ¿Cómo extrañarte después de que les dije a todos que estabas loco, loco, loco? Maldito loco, soberbio, cómo te odio por no poderte olvidar. Estoy harta de no saber si te extraño o si deseo vengarme.

Ojalá estuvieras aquí, conmigo en el árbol, besándome, hasta saber si te extraño o si me quiero vengar. Tal vez mi mejor venganza sería que me quisieras, porque soy tan yo, que sería más castigo, que consuelo. Que me amaras y te aburrieras de estar conmigo y no me pudieras dejar por tu amor, como lo creí tantas veces, cuando aquí nos besábamos.

Y pensar que entre más pasa el tiempo, más te quiero. Tic tac. Tic tac. Tic quiero. Tic amo. Tic… tac.

Capítulo 9

Capítulo 8: Confesión.

— Sólo dime si, sinceramente, quieres oírlo.

— Sí…

— ¿Por dónde empezar? Empezaré con lo más reciente, tu cita. Creo que se explica sola. Tú me restregaste tu primer encuentro con él, yo me enteré de que él ya no quería salir contigo de nuevo, pero persuadí a tu amiga a que consiguiera esta cita para ti. Sólo para luego restregártela. Para que supieras el fracaso que eres buscando pareja, y que si te vio, fue sólo para besarte de nuevo y ver si podía llegar a más. No porque te empezara a querer. ¡Bendita Rocío! Hizo todo lo que quería y necesitaba de ella.

— Entonces, ¿ella sabía del juego?

— Que te conteste ella para ver si le crees.

Amparo con cada segundo que pasaba, deseaba irse, golpearle la cara con una bofetada, aguantar el llanto e irse a un lugar donde pudiera llorar y maldecirlo. Amparo estaba deshaciéndose, pero no hacía nada de lo que quería, de lo que deseaba, porque apenas estaba comenzando Santiago con el relato de su juego, apenas era el principio, ¡cuántas cosas le faltaban aún y quién sabe qué tan malas debían ser!

— ¿Qué más? — mostraba como si nada le estuviera afectando, viéndolo directo a los ojos, soportando su maldita sonrisa sarcástica y burlona, que sabía que tendría más de sólo un día después de esto.

— Veamos, ¿qué más? Desde el día en que terminamos y, supuestamente, estaba intentando recuperarte demostrando que cambié y todo, era sólo un juego. Jamás dejaré de ser lo que soy. ¿Creíste que por ti dejaría mi egoísmo, mi soberbia, mis mentiras, que me dejaría a mí por ti? Por favor. Después de todas las cosas que arruinaste en la relación seis meses atrás, antes de terminar, ¿crees que yo quería volver a lo mismo? En la última pelea de aquella vez fue cuando lo decidí — Amparo sólo lo miraba a los ojos, callada, inmóvil. No sabía qué decir o si debía decir algo, si sería conveniente contestar o simplemente escuchar —. Pensé que después de tanto era justo que te hiciera algo yo a ti, por tantas veces que me habías lastimado por tus tonterías, por tus estupideces, por tu "forma de ser". ¡Que se joda tu forma de ser! — Amparo retrocedió ante el obvio enojo de Santiago —. ¡Yo di tanto, tantos días, te di cosas de mí como a nadie, carajo! ¡Como a nadie! ¿Y tú qué hacías?, dime. ¿Tú qué hacías? — lo último lo dijo gritando y Amparo sólo abrió los ojos asustada

viendo aquel cambio en él —. ¿Te quedarás callada? Como siempre. Permíteme contestar por ti. ¡Reclamarme! Pedirme que me callara todas las cosas que me molestara que hicieras, porque para ti eso no era amor, porque yo no te aceptaba que me lastimaras cuando quisieras, que me dejaras de demostrar sólo porque el tiempo pasaba. Y, en ese momento, la que estaba harta eras tú, y la que me iba a mandar a la chingada, eras tú. ¿Después de cada sacrificio, de cada hora gastada, de cada cosa que te escribí, después de todo lo que me habías hecho cambiar, después de todo lo que aguanté me querías mandar a la chingada tú? ¡Já! ¡Por favor! Eso no podía pasar. Por eso te dije que yo me sentía culpable de todo, por eso te conté lo de mi salud, y, adivina… hablando de eso, ¡adivina!

— Adivinar qué…

— ¡Mis problemas de presión!, ¡no existen! Todo fue un cuento, un invento, una mentira, una manera de manipularte, de que sintieras necesidad de cuidarme, que algo te atara a mí y, ¡te lo tragaste todo, Amparo! ¡Todo!

—Tienes problemas… — y esta vez no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

— Posiblemente, Amparo, pero me di cuenta que mi mejor venganza era que creyeras que cambié, porque te emocionarías, soñarías con una vida completamente distinta y feliz conmigo. ¡Qué mejor que ésta!, ¡ver tu decepción cara a cara…!

— Cállate. Dime qué más falta de tu juego.

— ¿Quieres más? ¡Usé a tu mejor amiga contra ti, usé tu clemencia ocho meses para hacerte sufrir, dos meses te hice creer que cambié!, ¡y mírame!, sólo me volví peo… — Amparo le dio la bofetada más fuerte de su vida y se dio la media vuelta.

— Yo también ya terminé, Ponce — y se fue caminando lejos de él, llorando, sin la certeza de si debía contarle o no a Rocío.

Santiago se quedó parado ahí, observando cómo se alejaba, dejando caer gota por gota la rabia que se tuvo ocho meses, y que al fin salía.

—Aunque la vida nos separe, Amparo… mi amor.

Capítulo 10

Capítulo 9: Cómo pasa el tiempo.

La curiosidad tiene más corazones rotos que gatos muertos. Santiago esperaba esa bofetada antes, mucho antes; desde el principio, porque no quería seguir inventando cosas sólo para lastimarla.

Amparo sólo esperaba un "nunca te amé", sólo para irse, sin agredirlo incluso, pues sólo deseaba saber eso, si él la amaba o no. "Esa sonrisa la ha usado en tantas mentiras como en verdades. ¿Qué significa su sonrisa esta vez?" Era lo que Amparo quería saber, pero su boca decía cosas que podían ser tan ciertas, que decidió creerle. En algún momento del día siguiente a eso, ellos estaban haciendo lo mismo, recordando ese último diálogo.

— ¿En verdad yo fallé al principio? Yo he sido siempre así, y de hecho cambié por él.

— Si supieras que yo te fallé siempre, Amparo, por unas veces que tuve razón al principio me hice a la idea de que yo la tendría siempre, porque así había sido siempre antes, cuando amé a Cecilia, cuando Cecilia me usó. Ésa fue la única mentira que no te dije por tu bien, sino por el mío. Porque nunca quise decirte que esa relación me destruyó en ese momento, y ahora que lo noto, lo siguió haciendo, porque me enseñó que yo tenía razón hasta en lo más mínimo y, es que, ¿cómo no la tendría si yo era una pieza en su ajedrez, una etapa de su plan, un pedazo útil en su vida, mas no importante? ¡Qué ridículo quedé! ¡Qué decepción de mí! Amar a alguien que jamás siquiera me quiso o deseó. ¿Cómo te decía yo eso si a nadie más se lo dije? ¿Cómo te lo afirmaba si yo mismo me lo negaba a diario? ¿Cómo me podrías ayudar si era tanto daño? Yo no quería que te desgastaras curando heridas que no hiciste y que no te hicieron, y mira, terminé lastimándote, haciéndote heridas que llevan mi nombre, apellido y rostro; mi forma, mi esencia, y todo por intentar hacerte un bien, porque te estaba haciendo ya tanto mal. No quise que te desgastaras sanando heridas mías y ahora tendrás que sanar las tuyas, soy un idiota…

— Ya pasaron dos semanas, Santiago, y no sabes cómo te he pensado. Qué ganas de ir y abofetearte de nuevo por tus mentiras, por cómo jugaste conmigo, y yo como una pendeja creyendo en ti. Tantas veces creí sentir amor, y hasta creí saber lo que era, y resulta que todo fue un engaño, una maldita fantasía mía, un sueño, algo insignificante como yo. Tantos esfuerzos, tantos desvelos, tanta vida. Usar a mi mejor amiga contra mí…

— Dos semanas, Amparo, y ni cómo decirte que le conté a tu amiga esperando que ella te advirtiera, pero era tan buena amiga tuya como mía, y decidió no entrometerse. Cómo decírtelo, carajo. Que no te debes enojar con ella sino con mi cobardía. Que es mi culpa, no de ella…

— Ya son dos meses y te veo en la calle y me sonríes burlonamente aún. Eres un cínico, un estúpido. Qué bien te quedaría la marca de mi mano en tu rostro otra vez. A ver si incluso así se mantiene tu jodida sonrisita. Maldito canalla. Y cuánto te quiero todavía. Dos meses y te sigo queriendo a pesar de tus pendejadas, carajo. Cómo pude creer que cambiarías…

— Dos meses, Amparo, mi amor. Cómo te podría decir que me cuesta tanto trabajo seguir siendo el que fui, que el que soy ahora actúa como el de antes sólo para que me odies, para que me creas las mentiras con las que te alejé. Que al final, ¡carajo!, hasta el maldito final me di cuenta de que yo estaba equivocado, que yo era un inmaduro, que yo era quien fallaba, quien exigía unilateralmente. Me di cuenta hasta entonces, y por eso es mejor que te alejes de este idiota, de este inmaduro, de este sujeto con ínfulas de superioridad, que en su soberbia construida, eso sí, de hechos anteriores, pero no actuales, se dejó llevar, y te dejó ir…

— Seis meses, mi odio, antes mi amor, seis meses ya. ¿Tan rápido te olvidas de mí? O es que nunca me tuviste presente. Te he visto con otras, de la mano, incluso besándolas frente a mí, pero, ¿sabes? Me ayuda a odiarte y siento cómo suspiro a suspiro te sales de mí. Por lo menos ya tengo la tranquilidad de que no serás eterno en mí, porque ahora sé tantas cosas y he visto tantas más…

— Seis meses, Amparo, mi no amparo. ¿En qué me puedo apoyar si no es en tu pecho? ¿De quién me puedo fiar si no es de tu mirada? ¿Quién me puede decir qué es correcto si todos se equivocan sobre mí? Nadie ha podido darse cuenta que siempre te he amado y, menos, de que siempre lo haré. He intentado tener una relación con otras personas, pero nadie me entiende, y a ninguna puedo verla como a ellas mismas. Siempre te veo a ti…

— Diez meses, ya. Ya no los siento como antes. Siento los segundos que te veo, pero te veo tan poco por fortuna…

— Diez meses, amor, y no dejo de verte de lejos. A veces coinciden nuestras miradas, pero ya no se besan como antes, ya no se besan con ese odio y rencor tuyo ni con ese arrepentimiento mío. Te amo, Amparo, te amo… carajo.

— Mañana cumplimos un año sin ser novios, ¿cómo me siento? No sé. Pero, el tiempo se pasó tan rápido. Hace un año aún éramos novios, y pensaba en cómo terminar contigo, y sé ahora que fue lo correcto, porque ahora sé que sólo jugabas conmigo. Nunca entenderás cuánto te odio,

porque ni yo lo entiendo. Sólo quisiera un beso tuyo, uno más y nada más, sólo para saberte, para saberme, para tener certeza de algo que no sea esta separación. Casi un año… cómo pasa el tiempo.

— Amparo, mi vida, cómo pasa el tiempo, mañana es un año de que te lo confesé y te quiero incluso más que hace un año. Tú no lo sabes pero he hecho todo lo que se debe hacer para olvidarte. No hablar contigo, no ver tus fotos, no releer nuestras cartas… No pensarte. He estado con más personas, he hecho de todo, pero sigues tan en mí como mi mente misma. Misma que se niega a olvidarte, a dejar ir un sólo detalle de cuando nos tirábamos al pasto o nos aventábamos a la pared y nos decíamos "te amo, te amo" y nos besábamos como si fuésemos extraños besándose por primera vez. Te vi este último mes con alguien más, y fue donde finalmente tuve la certeza de que te amo cómo debí amarte hace más de once meses y medio, porque te vi feliz con él y no quise nada más. Ya no existieron los celos de cuando te imaginaba con otro, y no es que me hayas dejado de importar, significa que yo estaba agradecido con él, por hacer todo lo que yo ya no puedo… hacerte sentir bonita, besar su mano con tu mano mientras caminan, hacerte sonreír, verte a los ojos… Soy feliz por verte feliz, aunque sea después de tanto. No importa el tiempo que pase, en tanto tú seas feliz, lo seré yo. Te amo, al fin tengo la certeza de que lo hago. Maduramente como debió de ser hace tanto. Cómo pasa el tiempo, y cómo anclan los sentimientos. Carajo.

Capítulo 11

Capítulo 10: Cómo estorbaba el día.

"¡Estuvo en mi cuarto! ¿Cuántos podrán decir eso?

Me preguntó por qué me gusta, no tuve las palabras (o el valor) de decírselo hasta mucho tiempo después de realizar la pregunta. 'Me gustas por algo más allá de tus cautivantes ojos, de tu perfecta nariz, de tu sedoso cabello, de tu cuerpo de pecado, de tu deliciosa boca; me gustas porque cuando hablo contigo, tengo la certeza de que no hablo solo, y de que no sólo hablo; porque cuando reímos, no sólo río, te hago reír, y me hace feliz el verte feliz; porque no me controlas, pero me haces cambiar. Porque cuando te beso, no sólo te beso, te digo `te quiero` en una lengua (o dos) que sólo tú y yo entendemos; cuando te abrazo, no sólo te abrazo, te atrapo y me dejo atrapar, y ninguno de los dos busca salir, al contrario, buscamos que el otro nos atrape más; cuando te toco, no sólo te toco y me tocas, te memorizo, reconozco tus atajos y los evito para seguir tomando los caminos más largos. Me gustas por el simple hecho de que no somos iguales, no porque tengamos muchas diferencias o muchas cosas en común, me gustas por auténtica, por independiente; me gustas, así de sencillo, así de complicado como expresarte un "me gustas" en más de dos palabras.'

En mi cuarto, finalmente, conoció el espacio de mi cama que le he deparado para cuando quiera que seamos más (¿o menos?) de lo que ya somos. Medio vimos la película (la primera mitad). Yo jugaba a molestarle jugando con su pierna, y ella interponía su mano entre mi mano y su pierna; fue ahí donde me armé de valor y le tomé la mano… No se resistió, de hecho, nos mantuvimos así un largo rato. Mi sonrisa salió de su coma.

Cuando empezó la segunda mitad, le pusimos pausa, le llené de adjetivos, le dije la verdad, le medio contesté la pregunta que puse al inicio. La besé, y ella no me contestó; me sentí tan tonto. Estábamos tan bien, tan a gusto, tomados de la mano, en mi cama, y todo lo había malinterpretado. Le pregunté las razones, le pedí que confiara en mí, no sé qué pasó.
Recordé que me contó de uno de sus deseos secretos hace poco, pensé que era lo que buscaba (tenía que intentarlo, ¿no?). La toqué como sólo yo sé, y como nosotros descubrimos. Lo disfrutaba, pero yo no estaba seguro porque intentaba evitarlo. No quería incomodarle. Le pregunté si le molestaba, no sé cómo, pero nos besamos en ese momento.
La recorrí toda, del cabello a los pies. La toqué donde siente cosquillas, donde se vuelve loca, donde pasa absolutamente nada, donde me gusta

tocarla a mí.

Toqué un pedazo de cielo, una piedra lunar, la cima de un volcán, el fondo del mar, el centro del planeta. Toqué fuego y no me quemé, creé estática sin recibir chispazos, creé un universo para los dos… en ese momento, ella me hizo a un lado. ¿Qué pasaba? ¿Acaso lo hice mal?
'Qué pasa', le pregunté, y vi en sus ojos que no lo hacía mal, ella no sabía qué hacía. '¿Lo haces por el momento y no porque quieras regresar conmigo?', pregunté. 'No sé, si te beso ahora sí será por eso; pero no sé si quiero regresar contigo' '¿Por qué?' 'No sé… no. Tú no eres así', '¿'Así', cómo?', ''Así' que te beses con cualquiera'. 'No se trata de cualquiera, y yo no lo hago por calentura, lo hago por demostrarte que te quiero'. La besé y no opuso resistencia. Era ahora o nunca. ¿Cuándo volvería a tener la oportunidad de besarla así, sin miradas, sin opiniones, sin juicios, otra vez? La estaba besando, recorriendo, memorizando, ignorando los atajos, y sólo viéndolos cuando llegaba ahí, para desviarme rápidamente y volver a tomar el camino largo.

Su cara encima de la mía, sentía cómo lo disfrutaba, no me hizo a un lado de nuevo. Su respirar y el mío como uno solo de una sola persona disfrutando. La apretaba a mí, la aprisionaba y ella se dejaba aprisionar. La besaba, me besaba, nos besamos como nunca, hablamos como nunca. Toda ella estaba ahí. No le faltaba ninguna prenda, y me volvía loco como si no tuviera. Ella no me tocó así, simplemente me apretaba contra ella, y se movía conmigo. Nunca vi su cara, no me atreví a romper el momento por abrir los ojos, era mejor imaginarla, pero, ¿yo qué imaginaba? Yo no imaginaba el momento, imaginaba el antes, y el después, el presente lo vivía. La imaginaba así, años después, nosotros dos en una cama que fuera nuestra, en un cuarto que fuera nuestro, en un silencio que volviéramos nuestro y que sólo interrumpiéramos con nuestra respiración. Imaginaba cuántas veces deseamos hacer eso en el pasado, y que ahora que no éramos algo, lo conseguimos, y lo aprovechamos. Abrí la boca para decirle 'te extraño tanto', obviamente no me contestó, no sabe si me extraña. Desde el día que cortamos (mes y medio atrás), más dos semanas más, no habíamos hecho nada de eso (eso espero), y se nos notó. Nos quisimos como novios en ese momento, y en los siguientes, porque me dio la mano y lo disfrutó; se despidió de mí con un beso en la boca. Más que nada, me trató como siempre me trató antes, durante esa despedida.

Todo ese momento es algo que con palabras sencillas no se puede explicar. La toqué, la provoqué, se dejó provocar, y así, me provocó. Nos besamos en un diálogo en el que nos dijimos tanto en tan poco; nos abrazamos en una prisión que tuvo que terminar, aunque ninguno así lo quiso; la toqué toda, y me pedía con su tacto que lo siguiera haciendo; nos hicimos sudar, llegar al cielo y caer a la realidad de nuestra

separación.

Tenía que irse a las 7:30 y, en el momento que me separé de ella, eran las 8:20. ¡Juraría que sólo pasó una hora de todo eso, pero casi una hora fue lo que nos pasamos! El tiempo voló. Aquello fue tan corto para todo lo que sentí. Ella fue tan infinita, para que, a pesar de que la toqué toda, aún necesitara más. Cómo estorbaba el día…

La quiero. No sabe cuánto la quiero. Ni yo sabía cuánto la quería. Sólo ayer nos los supe explicar. Ojalá entienda así. Sólo a ella me dan ganas de tocarla así. Sólo a ella me dan ganas de quererla así… Hoy, fue un día inolvidable."

Santiago, treinta y dos días antes de la confesión.

Capítulo 12

Capítulo 11: Tal vez “ser novios” sea realmente esto.

"Acabo de caer en la cuenta de que no la veré en tres días. El lunes es día festivo y nos lo regalan. No la veré ni hoy, ni mañana ni pasado.

Debe ser una especie de castigo (o cobro) por lo bien que la pasamos ayer.
Ella lo disfrutó, hasta parece que más que yo, no lo deja de mencionar. Yo… yo tengo miedo. Tengo miedo de mí, de ella, de nosotros. Tengo miedo de nosotros como de la muerte. Cuando ese nosotros llegue (si llega), le temo a lo que pasará después, al igual que en lo otro.
Tengo miedo hasta de que no llegue, o de que llegue y que sea peor que si no hubiese llegado. Tengo miedo de decir o hacer algo que lo arruine todo. Tengo miedo de que mi vida no sea como ayer, de que ella se aburra de mí (si es que no lo está ya), de que todas estas ilusiones (de ambos) sean sólo eso: ilusiones. Tengo miedo de que ella tenga miedo y, ¿cómo pienso ser el príncipe de la historia si temo?

A veces me siento como un cobarde con aspiraciones imposibles, y no porque sean inalcanzables, sino porque me da miedo alcanzarlas (o mantenerlas).

Yo la tuve, y yo la alejé. Es cierto, ambos pusimos de nuestra parte para que ocurriera, pero las razones por las que prefiere mantenerse lejos de mí, son contribución mía… Si tan sólo me hubiese dicho a tiempo… o si yo lo hubiese notado, porque era tan obvio.

La verdad es que tengo miedo de que simplemente esté soñando todo esto, es demasiado perfecto. Nunca me sentí como ayer, y me da miedo que no me pueda sentir así si regresamos, que todo se trate de conquistarla… ¡Bah! ¡Esas son estupideces! Si regresa conmigo la trataré así, la haré sentir así hasta que se aburra. Si regresa conmigo no la volveré a perder. De lo único que tengo miedo es de no recuperarla y de perderla nuevamente si la recupero esta vez. Tengo miedo realmente de que ella tenga miedo de mí, de morir sin poder demostrarle que cambié, o de que ya no le importe si lo hice; de vivir una vida sin ella porque yo sé ideármelas para no estar solo, entonces no es miedo a la soledad. Tengo miedo, de verdad, de que me tenga miedo, cuando lo único que debe temer, es que días como ayer no se repitan, y eso es imposible, pues sólo se necesita de una ecuación sencilla: ella + yo + cama + lo mucho que nos hayamos extrañado.

Tengo miedo de que ayer no se repita. Tengo miedo de que se repita como ayer, sin decirme “te amo”. Tengo miedo de que ella ya no me quiera, y tengo miedo de quererle así para siempre. Tengo miedo de que

no se me quite el miedo, y tengo miedo de que ella sienta mi miedo y sea lo que la aleje.

La verdad es que jamás sentí tanto miedo antes, es cierto, lo sentía cuando nos separábamos, cuando la dejaba en el metro, cuando la dejaba en su casa, cuando no la veía, cuando no sabía de ella; pero, jamás sentí tanto miedo como ahora, y mira que ya no somos novios… Tengo miedo de que me quiera más como lo que somos.

Tengo miedo de que todo esté siendo en vano, de que todo ya esté perdido… Tengo miedo de arruinarlo… Pero, tengo más miedo aun de que me esté convirtiendo en todo esto, en esta separación, de que la esté aceptando, poco a poco. No quiero la separación, ¡no la quiero!, pero cada vez me acostumbro más. La otra verdad es que cada día la quiero más, la amo más, la extraño más; me encanta con todo lo que hace, pero, si no está conmigo, la pienso más, y eso me gusta porque nunca había pensado tan claro; también está la parte del miércoles, estaba pensando, estaba soñando y ella estaba conmigo, y ayer, vivía el presente y soñaba el futuro y el pasado. Tal vez cambié hasta en eso, ahora puedo pensarla aun estando con ella, o tal vez no estoy con ella y deliro, y la imagino y abro los ojos y está ahí porque ahí la creé...
Tal vez "ser novios" sea realmente esto y no lo que nos han hecho creer; entonces no sé de qué tengo miedo."

Santiago, treinta y un días antes de la confesión.

Capítulo 13

Capítulo 12: Decisión.

"Después de tantos días, Amparo, de tanto pensar, de tanto extrañarte, de tantas acciones con tantos significados, he caído en cuenta de algunas cosas. Primeramente, me he dado cuenta que siempre te querré. Desde el momento en que te vi a los ojos, me enamoré de ti. Cuando vi tus ojos, vi tu alma tomando la mía, como algo común, como si se conocieran de varias vidas, ¿sabes? Y tal vez estuvimos juntos en la vida pasada y la pasada y la pasada, no sé. Sólo que entonces, tal vez yo era más maduro, y por eso entonces funcionó.

Otra cosa que noté es que esa madurez que me faltaba, ya la tengo. Espero que no sea tarde, tarde para decirte lo mucho que te quiero ahora, más de lo que te quise. Sin darme cuenta con el tiempo quité cada barrera que puse en nuestra relación. Estoy consciente ahora, consciente de que soy humano y de que me puedo equivocar tanto como cualquier otro. Consciente de que eres humana y es inevitable que no te equivoques, y que sólo aceptando esas cosas ambos, podemos sobrellevarlas. Estoy consciente ahora de que estoy consciente. Los últimos meses lo estuve y no me había dado cuenta, escribiendo de ti, pensando en ti. Te quiero y me imposibilitaba mi inmadurez estar contigo, pero cambié. No es una cuestión de decidir sino de momento, y el único problema sería quien fui, por eso he decidido contarte la verdad, porque si me quieres, carajo, quiéreme bien, y yo también lo haré. Si nos queremos y nos separó una mentira, carajo, ¡que nos una la verdad de que nos queremos! Y así a ver quién nos separa. Si de mentiras construimos los caminos que nos alejaron, caminémoslos sinceramente hasta volver a encontrarnos y caminar hacia otro lado, pero juntos, carajo. Si lo nuestro era un joda, ha sido una joda peor estar separados, y una más necia y estúpida, estar con alguien más. Debemos entender que es triste que nos queramos así, a lo lejos, a lo lastimoso, pero es más triste que lo permitamos.

Hoy pienso salir y decirte que te entiendo, y que ojalá me entiendas; que no es que seamos distintos, sino desentendidos de que somos humanos, de que nos queríamos y nos querremos si así tiene que ser, si la imagen de nuestras almas en tus ojos era real y no un espejismo.

Esta separación es insignificante ahora. Ya no significa, pues ya no te estoy protegiendo de un loco inmaduro, porque ya no existo así. Estoy decido a ir a tu casa, hoy, y confesarte todo. Sé que entenderás, carajo. Eso quiero pensar. Te amo, Amparo, mi amor."

Santiago, diecisiete días antes del accidente.

Capítulo 14

Capítulo 13: El final.

Un auto negro en carretera a 110 km/h, en el carril de alta velocidad, sobre el segundo piso de la autopista, a trece metros sobre el suelo. Técnicamente tiene el carril para él solo. Dentro del auto, Santiago, dirigiéndose a hacer, finalmente, su confesión, la real, la que romperá todas sus mentiras y lo presentará desnudo al juicio de ella. En el espejo retrovisor interno, ve que le preguntan:

— ¿Qué haces?

— ¿Qué parece? Voy a su casa a decirle la verdad.

— No puedes hacer eso.

— Claro que sí.

— ¡Claro que no! ¿Qué pretendes? ¿Quedar como un imbécil? ¡Deberías bajarte del auto y arrastrarte hasta ella como el gusano que eres!

— ¡Cállate! Estoy harto de escucharte, estoy harto de ti. Desde el principio por ti le mentí. Si no te hubiera escuchado, tal vez, seguiría con…

— ¡Tal vez! Pero, te recuerdo, tú estabas tan harto como yo…

— ¡Tal vez tú me hartaste! Tal vez exageré en todo por escucharte…

— Porque yo sí pienso. Todo el cerebro que no usas lo tomo yo para hacerte notar que con ella sufríamos…

— ¡Si sufría era mi problema!

— ¡Nuestro!

— Por lo menos entonces la tenía…

— ¡Escucha tu mediocridad! Pudiste tener a quien fuera de los últimos meses, y todas un mejor partido que la inmediata anterior, ¡pero te aferras a ella!

— Y, ¿sabes por qué?

— ¿Por qué?

— Dime, sinceramente, si quieres oírlo.

— ¡Sí!

— ¡Porque la amo, carajo! ¡La amo! No importa qué digas, cuánto analices, calcules y todo, ¡LA AMO!

— Y, supongo, que por eso le fuiste infiel.

— ¡Oh, vamos! Sabía que sacarías eso… Tú me convenciste, me dijiste que jamás le juré fidelidad y que una noche estaba bien, que sería bueno para mí, para ambos. ¡Diez segundos, sólo diez segundos la besé!, sin poder pasar a nada más porque yo me deshice en llanto en su boca pensando en Amparo. ¡Y tú dijiste que me sentiría bien, y jamás me dejé de sentir culpable…! Ya tenía muchas cosas que pensar por tu culpa para, todavía, pensar en eso. Además… ahora que lo pienso, no es distinto a besar a todas las que besé desde que no soy su novio, ni distinto a todos los que ella ha besado…

— ¡Oh, vamos! ¿Ahora te pondrás a llorar?

— ¡Ya cállate! ¡Estoy harto de ti!

Y en ese momento, arrancó el espejo retrovisor y lo aventó al asiento trasero.

— Besar a otros pensando en una persona, amando a una persona, de cualquier manera es ser infiel…

— No es tan sencillo deshacerte de mí — le dijo desde el reflejo de la ventana de la puerta del automóvil —. Siempre estaré en ti.

Santiago terminó de bajar la ventana, y se quitó el cinturón para bajar la del copiloto también, y se quedó así, manejando en silencio.

"Al fin te podré confesar todo, mi amor. Qué joda ha sido mentirte tanto tiempo. Ya no te volveré a mentir. Estoy harto de esa parte mía. Sólo quiero tenerte, que me perdones, iniciar de nuevo y con entendimiento… Ya te veo en el cielo, me llegas en el aire, me llegas hasta adentro, tu olor, tu esencia, me alimentas otra vez. ¡Qué bonito cielo eres! Siento como si te pudiera tocar. Te veo tan cerca que podría decirte que amo tu vestido blanco como tus nubes, esponjadas como tus rizos. Decirte que tantas noches pensé en ti y te soñé despierto, soñando que me dormía en tu cabello, recargado de espaldas sobre tu vientre, piernas y pecho, y que esos sueños no me dejaron dormir…

• • • • •

Tic tac. Tic tac. Tic tac. Tic tac. Tic… Ring ring.

— ¿Bueno?

— Amparo, soy Rocío. Algo pasó… — en la voz de Rocío se escuchaba angustia y tristeza.

— ¿Qué te pasó? ¿Estás bien?

— Sí. Físicamente sí…

— ¿Qué te pasa?

— Es acerca de Ponce — llamaban por su apellido a Santiago entre ellas dos desde hace mucho.

— ¿Qué te hizo ahora el maldito?

— Nada, Amparo, nada.

— ¡¿Entonces por qué estás así?! ¡Explícate!

— Es que… tuvo un accidente…

— ¿Qué? ¿En dónde? ¿Hace cuánto?

— Sí. En la carretera que va para tu casa, unos kilómetros antes. Pasó hoy en la mañana.

— ¿En la mañana? ¡Hace como diez horas! ¿Cómo está? ¿Qué hacía ahí? Es muy lejos de su casa…

— Sí…

— ¿Cómo fue? — a Amparo le empezaban a salir lágrimas por la desesperación debido a la incertidumbre.

— Se quedó dormido… y… cayó desde el segundo piso.

— ¿QUÉ? — sus ojos tenían ahora lágrimas de incredulidad, lágrimas que salen sólo en sueños cuando pasa algo y no lo crees y despiertas, pero ella no despertó porque esto era la vida.

— Sí. Está en el hospital.

— ¿Sobrevivió?

— Algo así…

— ¿En qué hospital?

— Es mejor que no sepas…

— Entonces, ¡para qué ME HABLASTE, CARAJO! — y sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia.

— Amparo, tranquila. Por favor. Entre las cosas que llevaba en el auto con él, llevaba un cuaderno. Tal vez deberías verlo.

— ¿Por qué?

— Ya lo sabrás.

— ¿Dónde estás?

— Camino a tu casa.

— Está bien. Con cuidado — y colgó para comenzar a llorar de tristeza y amor, finalmente…

• • • • •

"Hoy dormí un poco, pero igual te soñé. Fue un sueño raro, ¿sabes? Éramos leones. Tú estabas lejos, muy lejos, acostada en el pasto, observándome. Primero me senté un largo rato a observar tu lejanía. ¡Qué bonita eras incluso así! Luego, en ese choque de nuestras miradas me entraron ganas de alcanzarte, de correr hacia ti y juguetear, pelear tiernamente en el pasto… Comenzaba a correr, y a mitad de camino, sentía que me alcanzaba un disparo en mi costado derecho, pero yo seguía corriendo hacia ti y tú empezaste a correr hacia mí y me detenías, y me acostabas en el piso y me mirabas a los ojos, con profunda tristeza. El cazador era yo, humano, es decir, mi versión humana, y me miraba con sonrisa burlona mientras me apuntaba de nuevo, pero me/le salían raíces en lugar de pies, y el rifle se volvía una rama, donde se paraban unos buitres a verme, y a mi rostro humano le salían hojas en lugar de cabello, y luego en toda la cara, hasta que se volvía completamente un árbol. Junto a él estaba mi auto, mi auto negro de la realidad, pero estaba volteado, de cabeza, como si hubiese caído, y cuando intentaba entender la escena, cuando intentaba ver a la cara a los buitres, tú, Amparo de mis sueños, ya en tu forma humana, me preguntabas ‘¿amas aún a alguien que no sea yo?’, a lo que te contestaba ‘¿quién más podría ser como tú?’. Después me preguntabas ‘¿cuánto me amaras?’, y te contestaba ‘para siempre, Amparo’, lo cual se escribió en el árbol que antes era yo, bajo la rama donde los buitres no dejaban de verme. Entonces me cerrabas los ojos, justo como quería que acompañaras a mis párpados a cerrarse para

dormir, pero en lugar de eso… desperté."

Santiago. Diecisiete días antes del accidente.

• • • • •

En las hojas del parque se notaba el otoño, y en la banca la primavera de su romance, abrazados.

— En verdad, perdón por todo, Amparo.

— Te perdono, mi amor, te perdono.

— Yo nunca te quise lastimar, menos así…

— Yo te lastimé, y mucho.

— Me equivoqué y te lastimé.

— Ahora te entiendo, Santiago, no fue tu culpa tener una Cecilia. No lo fue.

— Yo siempre quise a una mujer y eras tú. Siempre serás tú.

— Yo siempre te quise, aunque fuera a mi manera.

— Sí, lo sé. Ahora lo sé. No debí exigirte tanto.

— No pienses que me exigiste mucho, por favor, te merecías muchas cosas que yo te negué.

— No, Amparo. Te fallé yo. Te di cosas que no te merecías por idiota. Y no te di las que sí debí. Estoy consciente que también fallaste tú, pero no tanto como te lo quise hacer ver. En verdad, ni siquiera puedo verte a los ojos…

Las hojas otoñales iban cayendo una a una, desnudando las ramas de los árboles. Amparo, arrodillada junto a la cama del hospital, le hablaba a un Santiago Ponce en coma, herido, raspado de la cara, con moretones en muchas partes, fracturado, con apariencia de muerto, al que le siguió hablando:

— Santiago, mírame, abre tus ojitos, por favor. Despierta y mírame. Traigo el vestido blanco, el de cinturón café, mi amor. Mírame por favor. Dime que tu coma es una pausa y no un punto final. Por favor…

Las hojas seguían cayendo y cayendo y Santiago miraba el piso, y

después los árboles que se desnudaban rápidamente.

— ¿De qué hablas, Amparo?

— Santiago, por favor despierta. Que no te desconecten. ¡No! Por favor.

— Amparo, tranquila. Estamos aquí — empezó a abrazarla con todas sus fuerzas mientras veía como se seguían desnudando los árboles, ya casi sin hojas.

— ¡Te amo, Santiago! ¡TE AMO!

Santiago vio que uno de los árboles que ya casi estaba completamente desnudo, tenía unos buitres en sus ramas que los observaban, y debajo de ellos decía: "para siempre, Amparo"

– Yo también te amo, para siempre, Amparo, mi amor — y la abrazó, consciente de que no estaba en el parque, observando las últimas hojas caer. Entonces se decidió a ver a la Amparo onírica a los ojos.

Amparo se acercó a su cara y lo besó en la boca y el movimiento abrió un poco los ojos de Santiago, y fue lo último que vio, los ojos de la Amparo real, donde vio que su alma era otra vez tomada por el alma de Amparo, y su boca quedó con la sonrisa de tantos significados, mientras Amparo acompañó con su mano a sus párpados para cerrarlos y Santiago regresó al parque ya casi marchito.

— Hasta luego, Santiago. Te veo en la otra vida — y lo abrazó con todo el cuidado, pero como si estuviera orgullosa de lo que se volvió él.

En su sueño, a lo lejos, en el horizonte, el cielo se caía a pedazos, los árboles empezaron a hacerse cenizas, el sol explotó, y la tierra comenzó a abrirse. El aire se hizo denso, y comenzó a llover, y los relámpagos a destruir lo demás que quedaba, destruyendo así el parque y, apareciendo en su lugar, el lugar adonde huyeron caminando, donde abrazados vieron el horizonte y donde él le juro que estarían cuando se acabara el mundo, tomando su mano.

— Te lo dije, mi amor —dijo finalmente mientras la Amparo real tomaba su mano, y Santiago, veía el mundo terminar...

FIN